Editorial

Borges, el autor que nos une

Francisco, Favaloro, Maradona, Gardel… Personalidades argentinas cuyos nombres, aun fallecidos, resuenan en todo el mundo. Cada uno, desde su lugar de influencia, nos representa y muestra un aspecto de nuestra idiosincrasia y de nuestra cultura. Jorge Luis Borges ocupa un lugar preponderante en este grupo como el escritor argentino más importante del siglo xx y uno de los más importantes de habla hispana de la historia.

Jorge Francisco Isidoro Luis Borges nació en Buenos Aires, en 1899. Las influencias familiares hicieron que aprendiera a leer primero en inglés y luego en español, y también lo acercaron a una amplia biblioteca que alimentó su conocimiento y encendió su interés por la escritura. A una joven edad, inició su oficio como escritor y también como traductor: a los nueve años tradujo *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde —esta fue su primera obra publicada—. Podemos ya ver en este precoz trabajo que el vínculo entre Borges y la profesión que amamos sería íntimo e inacabable.

Borges es, ante todo, argentino. A lo largo de los años, hizo una búsqueda intensa por transmitir el sabor de nuestro país, de su ciudad. Esta búsqueda lo llevó, en su obra inicial, a lidiar con temáticas arrabaleras, a utilizar un lenguaje asociado con los malevos y los compadritos, con la ciudad más allá de las paredes. Se daría cuenta, sin embargo, de que esta no era la manera. Descubrió que, para transmitir el sabor de ser argentino, no era necesario buscarlo con insistencia; apareció cuando, de hecho, abandonó aquel propósito. Esto no le impidió analizar nuestra literatura gauchesca con sagacidad y astucia, con conocimiento profundo de sus actores, valorando su importancia como acervo literario y cultural.

Este ser argentino lo llevó por el mundo y, con el correr de los años, se convirtió, indefectiblemente, en un escritor universal. Esto lo hizo con su principal arma: la maestría del manejo del idioma español. Pocas personas han usado esta herramienta de trabajo —herramienta que nos une a él— con la destreza, la precisión y la hermosura con la que Borges lo ha hecho. Quizás sea este aspecto el que más destacamos los traductores públicos. Que la lengua española alcance su punto cumbre para la expresión de aquello que se desea de un modo que, también, conmueva y atraiga la atención es uno de los principales objetivos de nuestra profesión. Y, para esto, nadie mejor que Borges.

Otro punto en común que, humildemente, podemos encontrar con el gran autor argentino es el amor por los idiomas. Las circunstancias de su vida y su curiosidad lo hicieron tener dominio del inglés, francés, latín y alemán, pero también tenía conocimientos de portugués, italiano, islandés e inglés antiguo. Esto hizo que se volcara a la traducción como otra área de expresión y de trabajo, y tradujo a autores consagrados como Woolf, Faulkner, Poe, Whitman, Emerson, Melville y Kafka. Valoraba el trabajo de los traductores: sabía de la importancia de su tarea no solo porque la hacía, sino porque le permitió a él tener acceso a obras que, de otra forma, no podría haber leído. La voz de los traductores se volvió, entonces, esencial para él.

La traducción fue indivisible de Borges a lo largo de su vida, de la misma manera que para los traductores públicos Borges ha sido ineludible —si no por interés, al menos por obligación—. Ningún profesional que tenga al español como herramienta de trabajo puede estar ajeno al gran autor argentino. Su maestría en el manejo de nuestro idioma no ha tenido parangón. Su búsqueda constante de la precisión al elegir las palabras no lo aleja de los desafíos que nos encontramos al traducir. Y quizás sea la belleza alcanzada por él un horizonte que nos guíe.

Han pasado cuarenta años del fallecimiento de este hombre que impone respeto, casi cierto temor reverencial —aquel que se reserva, solamente, a los dioses—, pero que también genera orgullo porque nació de esta tierra, representa el ingenio y el trabajo argentinos; él con su pluma (así como otros con su música, su destreza, su coraje) es capaz, aún hoy, de conmover al mundo. Conscientes de que son casos extraordinarios, no podemos sino agradecer el contarlo entre los nuestros y rendirle el homenaje que se merece.

Virginia Rubiolo,
tesorera del CTPCBA